

## La comunicación política en América Latina: algunos de sus problemas\*

---

ALBERTO CIRIA ha sido profesor de las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, hasta 1966; con posterioridad fue profesor visitante de política latinoamericana en Estados Unidos: Universidad de California, Riverside; Universidad de Carolina del Norte, y Universidad de Rutgers. Al presente investiga el tema del peronismo en el poder, en Buenos Aires. Obras principales: *Partidos y poder en la Argentina moderna, 1930-46*, 1964 (segunda edición 1968); *Montesquieu*, 1967; *Cambio y Estancamiento en América Latina*, 1967; *Los Reformistas*, 1968; *Sorel*, 1968.

---

Creo conveniente indicar en forma sumaria los elementos básicos e imprescindibles, en un contexto teórico general, del llamado proceso de comunicación, antes de referirme a asuntos más específicos.

Por comunicación, entiendo en este ensayo el proceso por el cual un *emisor* transmite un *mensaje* por determinado *canal* con destino a un *receptor*. Sin estos cuatro elementos, que son generalmente aceptados por los especialistas en el tema<sup>1</sup>, parece imposible conceptualizar qué es una comunicación en abstracto. El concepto permite abarcar, así desde la carta personal al libro impreso, desde el disco fonográfico al diario sensacionalista, desde la obra de teatro a la emisión radial, desde el film a la transmisión televisiva, y muchos ejemplos más. Cada uno de los elementos citados se encuentra sujeto a innumerables variaciones. El *emisor* puede ser, por ejemplo, una persona, un grupo de personas o una institución como el Estado, un grupo de presión, un partido político. El *mensaje* puede ser oral, escrito, visual, o una mezcla de todos ellos. El *canal* puede ser un aparato de radio, un papel manuscrito o impresor, un televisor, etc., y el *receptor* puede ser un individuo, un grupo de individuos o toda una colectividad social general o especializada.

\*Debo destacar muy especialmente la colaboración de mi esposa, Raquel E. González, para la sección estadística del presente trabajo, y sus comentarios generales sobre el tema que utilicé en el mismo. También agradezco a Richard Gott por sus observaciones críticas sobre el manuscrito.

<sup>1</sup>Por ejemplo, Richard Rose, *Politics in England (An Interpretation)*, Boston Little, Brown and Company, 1964, pp. 165 y ss.; David K. Berlo, *The Process of Communication*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1960, pp. 30 y ss. Cfr. también Richard H. Fagen, *Politics and Communication*, Boston, Little, Brown and Company, 1966.

Se comprende de inmediato que la comunicación posea variados sentidos, pero el que aquí me preocupa es el político. Entre muchísimas definiciones, utilizo para este artículo la que brinda Lord Windlesham, en un libro dedicado a la comunicación política en Gran Bretaña: "La comunicación política es la transmisión deliberada de un mensaje político por un emisor a un receptor con la intención de que dicho receptor actúe de un modo en que de otra manera no lo hubiera hecho"<sup>2</sup>. Lo específicamente político de la comunicación puede referirse a un vasto número de actitudes y contenidos: desde la propaganda de un partido o agrupación determinados hasta las campañas electorales; desde el apoyo a un régimen o facción hasta la pretensión de cambiar los propios presupuestos de la sociedad y el Estado; desde la politiquería menuda hasta las elecciones nacionales. Dicho concepto es lo suficientemente inclusivo como para cubrir todos los medios habituales de comunicación política: mitines, mensajes radiales, filmados, televisivos, la prensa en general y el adoctrinamiento individual.

No corresponde al tema propuesto indagar el reiterado problema de los medios de comunicación política con relación a la democracia y el totalitarismo, sobre lo cual existe ya abundante bibliografía<sup>3</sup>.

Como bien ha dicho Jorge Xifra Heras: "Muchas veces se ha usado el mito de la libertad de prensa para lograr su negación total: en nombre de ella Hitler, en 1935, prohibió la prensa no nazi; refiriéndose a tal libertad afirmó Mussolini que el periodista italiano es libre porque sirve a una sola causa, a un solo régimen; en nombre de la libertad de prensa, el partido comunista soviético ejerce un monopolio absoluto sobre la información; apelando a esta libertad los *trusts* capitalistas luchan contra una reglamentación democrática de la libre competencia en materia de información"<sup>4</sup>. Prefiero dedicarme aquí a un caso mucho menos "típico" que los enumerados, el de un continente supuestamente en estado de desarrollo: América Latina. Creo que, de esta forma, algunas de las cuestiones concernientes a la comunicación política, a la libertad de información y de opinión, a las restricciones de esos derechos, adquirirán mayor claridad.

#### LA COMUNICACIÓN POLÍTICA EN UN CONTINENTE EN CRISIS

Antes de ofrecer mis observaciones sobre el tema, creo conveniente recordar algunas cifras estadísticas sobre las que luego, a modo de epílogo, elaboraré ciertas conclusiones.

El analfabetismo ha sido señalado mil veces como uno de los obstáculos

<sup>2</sup> *Communication and Political Power*, Londres, Jonathan Cape, 1966, p. 17.

<sup>3</sup> Una buena introducción a este problema la brindan Frederick S. Siebert, Theodore Peterson y Wilbur Schramm, *Four Theories of the Press*, Urbana (Illinois), University of Illinois Press, 1956.

<sup>4</sup> "Prensa y orientación política", en *La Prensa*, Barcelona, Instituto de Ciencias Sociales, 1963, p. 227.

más serios al desarrollo político, social y económico de América Latina y, en consecuencia, también a la comunicación en general y a la comunicación política en particular.

CUADRO 1  
POBLACIÓN Y ANALFABETISMO (EN 15 Y MÁS AÑOS) EN AMÉRICA LATINA

PAÍSES	POBLACION		ANALFABETISMO	
	ESTIMACIÓN A MITAD DE	TASA MEDIA DE	AÑO	%
	1965 (EN MILES)	CRECIMIENTO 1958-1965		
Argentina	22.352	1,6	1960	8,6
Bolivia	3.697	1,4	1950	67,9
Brasil	82.222	3,0	1960	39,3
Colombia	18.068	3,2	1951	37,7
Costa Rica	1.433	4,2	1963	15,7
Cuba	7.631	2,2	1953	22,1 *
Chile	8.567	2,3	1960	16,4
Ecuador	5.084	3,2	1962	32,7
El Salvador	2.928	3,4	1961	51,0
Guatemala	4.438	3,1	1950	70,6
Haiti	4.396	1,9	1950	89,5
Honduras	2.284	3,3	1950	64,8
México	42.689	3,4	1960	34,6
Nicaragua	1.655	3,2	1963	50,4
Panamá	1.246	3,2	1950	30,1
Paraguay	2.030	2,7	1962	25,7
Perú	11.650	3,0	1961	39,4
Rep. Dominicana	3.619	3,6	1956	40,1
Uruguay	2.715	1,4	1963	9,7
Venezuela	8.722	3,6	1961	34,2

FUENTE: Naciones Unidas, *Statistical Yearbook 1966*, pp. 80-81; UNESCO, *Statistical Yearbook 1965*, pp. 38-41.

\* Estos datos son anteriores a la campaña de alfabetización llevada a cabo por el gobierno cubano, desde 1960, con resultados óptimos de acuerdo a las informaciones oficiales y a los datos de la CEPAL (*Economic Survey of Latin America, 1963*); para 1962 sólo había un 3,9% de analfabetos en la isla.

Una observación preliminar debe tener en cuenta el hecho de que la radio y la televisión serían los medios actuales más indicados para llevar a los analfabetos (y paralelamente también al resto de la población) los mensajes de comunicación política en sus diversas manifestaciones: del gobierno a los gobernados, de los partidos y fuerzas políticas a los demás grupos sociales, de los "políticos" profesionales al resto de la comunidad, etc.<sup>5</sup>

Las cifras respectivas son las siguientes:

<sup>5</sup> No deseo ni siquiera rozar en estas páginas el tema del cine como medio de comunicación de masas, y en menor grado de comunicación política, por evidentes razones de espacio. En América Latina tan sólo dos países, México y la Argentina (con el posible agregado del Brasil), cuentan con una industria cinematográfica comercial desarrollada que exporta (para el caso de la Argentina ello ocurrió en el cercano pasado) sus productos al resto del continente.

CUADRO 2

RECEPTORES DE RADIO Y TELEVISIÓN EN AMÉRICA LATINA  
(CANTIDAD Y NÚMERO DE APARATOS POR 1.000 HAB.)

PAIS	RADIO			TELEVISION		
	AÑO	Nº DE APARATOS (EN MILES)	RECEPTORES POR 1.000 HAB.	AÑO	Nº DE APARATOS (EN MILES)	RECEPTORES POR 1.000 HAB.
Argentina	1964	6.200	266	1965	1.600	71
Bolivia	1965	525	142	—	—	—
Brasil	1964	7.500	95	1964	2.300	29
Colombia	1963	3.000	192	1965	350	19
Costa Rica	1965	130	90	1965	50	35
Cuba	1964	1.345	180	1964	550	74
Chile	1963	1.500	182	1964	50	5
Ecuador	1965	510	100	1965	42	7
El Salvador	1965	396	135	1965	35	11
Guatemala	1948	27	—	1965	55	12
Haiti	1965	63	14	1964	4	0,8
Honduras	1965	135	59	1965	8	3
México	1965	8.237	192	1965	1.800	42
Nicaragua	1964	100	62	1965	16	9
Panamá	1965	500	401	1965	70	56
Paraguay *	1963	160	84	—	—	—
Perú	1964	2.100	185	1965	210	18
Rep. Dominicana	1963	139	41	1965	50	13
Uruguay	1964	910	339	1965	200	73
Venezuela	1965	1.660	190	1965	650	74

FUENTE: Naciones Unidas, *Statistical Yearbook 1965*, p. 601, y elaboración propia.

\* Paraguay cuenta (en 1967) con un canal de televisión propio. Desconozco los demás datos.

Finalmente, la prensa diaria y de gran tiraje tendría que considerarse como otro factor importante en el proceso de comunicación política en América Latina, al menos para la proporción de habitantes que sí leen y escriben.

Las cifras respectivas son:

CUADRO 3

DIARIOS EN AMÉRICA LATINA

(TIRAJE ESTIMADO Y NÚMERO DE EJEMPLARES POR 1.000 HAB.)

PAIS	AÑO	TIRAJE TOTAL EN MILES DE EJS.	EJEMPLARES POR 1.000 HABITANTES
Argentina	1965	3.312	148
Bolivia	1965	95	26
Brasil	1964	2.606	32
Colombia	1963	781	52
Costa Rica	1964	107	77
Cuba	1961	611	88
Chile	1964	1.006	118
Ecuador	1965	241	47
El Salvador	1963	127	47

## ESTUDIOS INTERNACIONALES

PAIS	AÑO	TIRAJE TOTAL EN MILES DE EJS.	EJEMPLARES POR 1.000 HABITANTES
Guatemala	1962	125	31
Haití	1965	23	5
Honduras	1964	41	19
México	1965	4.763	116
Nicaragua	1965	81	49
Panamá	1965	101	81
Paraguay	1964	—	—
Perú	1959	492	47
Rep. Dominicana	1965	98	27
Uruguay	1963	800	314
Venezuela	1965	608	70

FUENTE: Naciones Unidas, *Statistical Yearbook 1966*, pp. 753-755.

Luego de haber individualizado los principales canales por medio de los cuales los mensajes políticos alcanzan a sus destinatarios, conviene echar una mirada de conjunto sobre la situación.

Dije ya que el analfabetismo es concepto clave en cuanto a las restricciones implícitas en la difusión de los mensajes políticos, fuera de su contenido intrínseco de elemento retardatario del urgente cambio social y económico que necesita América Latina. Las vallas levantadas por el analfabetismo a la transmisión de mensajes políticos son enormes y a veces se descuida la magnitud del fenómeno. Por ejemplo, en países como Perú, Ecuador, Bolivia y Guatemala existen sectores apreciables de sus poblaciones que ni siquiera conocen el idioma español, oficial de esas naciones y que, por lo tanto, se encuentran incapacitados para comprender los mensajes políticos (y generales) que a ellos debieran dirigirse a través de las radios y televisoras que emiten en castellano. El problema, claro está, no se resuelve mediante esporádicas transmisiones en quechua o aymará. Además, debe tenerse presente que en la casi totalidad de los países de América Latina los analfabetos carecen del derecho a voto, y entonces se comprenderá cómo el requisito de leer y escribir resulta decisivo no sólo para la comprensión de mensajes impresos sino para cualquier participación política significativa de tales sectores marginados y sumergidos. No podrá pretenderse, en consecuencia, socializar políticamente a las masas indígenas y campesinas sin haberse establecido previamente el lazo de un idioma común. La existencia de un dualismo social en esos y otros países del continente favorece en último análisis a las tradicionales oligarquías y élites que siguen monopolizando el poder, y se niegan o se resisten a integrar a esos segmentos en la sociedad nacional y moderna, temiendo que la información política canalizada en un lenguaje inteligible en toda la república provoque subversión o alzamiento contra las autoridades constituidas.

Esto en cuanto a los posibles receptores de los mensajes políticos. Si se consideran los canales, el saber quiénes los controlan podrá indicar si los mensajes estrictamente políticos que ellos emiten se considerarán ajustados a los tradicionales principios de libertad de información y difusión, o si en realidad ocurre todo lo contrario.

Comienzo por la prensa. En América Latina, por lo corriente, salvo los diarios abiertamente oficialistas que de uno u otro modo se dedican a alabar o justificar a los respectivos gobiernos, la inmensa mayoría de la prensa de gran tiraje, e incluso la influyente y de *calidad* (como la llaman los ingleses), está en manos de fuertes grupos económicos locales o en combinación con similares del exterior, y sus objetivos se dirigen más a los avisadores y a la publicidad que ellos proporcionan que a informar objetivamente a sus lectores, y mucho menos a ilustrarlos políticamente. El enorme costo que en la actualidad implica editar un órgano periodístico de circulación diaria, pongo por caso, reduce totalmente al plano abstracto la existencia del derecho de publicar las ideas por la prensa.

La *gran prensa* tenderá casi siempre a defender los intereses creados, el *statu quo* o el gobierno de turno, aunque sus editoriales declamen loas a la democracia y al bien común. Otros elementos que contribuyen a esa debilidad de la prensa latinoamericana son el monopolio de los avisos que practican ciertas empresas, la concentración de publicidad en los diarios de mayor circulación, la *cadena* de prensa familiares o empresariales, el escaso poder adquisitivo de los eventuales compradores, los subsidios estatales o privados, etc. Risieri Frondizi ha señalado con claridad la relación entre estos cuasimonopolios de la información y el analfabetismo ya aludido: "El habitante común de la América Latina no goza realmente de libertad de prensa; no se entera de lo que debe sino de lo que conviene a las grandes empresas periodísticas. Debemos observar, por otra parte, que más importante que tener libertad para expresar una opinión, es tener una opinión que expresar. El alto porcentaje de analfabetismo torna a la libertad de prensa en un principio vacío, formal, nominal"<sup>6</sup>. El ejemplo se repite, detalles más, detalles menos, con la radio y la televisión. Fuera de los canales o radioemisoras oficiales, la radio y la televisión en América Latina se manejan por móviles pragmáticos y de lucro que sólo en contadas ocasiones permiten difundir informaciones políticas con contenido educativo o instructivo (visperas de campañas electorales, que muchas veces se enfrentan también con intentos de censura ejercidos desde el poder). Las licencias para operar radioemisoras y televisoras son otorgadas por el Estado, y de aquí surge gran parte de las dificultades apuntadas. Las conexiones económicas y financieras entre empresas de prensa, radio y televisión son cada vez más

<sup>6</sup>"Paz y justicia social (Análisis de las causas de la guerra)", en *Cuadernos Americanos*. México, D. F., año xxvi, vol. cliv, N° 5, septiembre-octubre 1967, p. 26.

numerosas y contribuyen a consagrar un tipo de información diluida y *apolítica*, cuando no oportunísticamente oficialista. El fenómeno de las *cadenas* se repite con creces para la radio y la televisión. Carlos S. Fayt ha resumido así los peligros del sistema: "El precio de venta al público no cubre los costos, en el caso de la prensa, y gratuitamente se recibe en el caso de la radio y la televisión. El costo debe ser pagado y los recursos salen de la publicidad o del Estado. Cuando se vive de la publicidad, la información se orienta a la seducción del gran público, asegurando el tiraje o los grandes auditorios mediante la explotación de lo sensacional, de lo insólito y la exageración, la distorsión y la deformación substituyen a la noticia, al mensaje objetivo"<sup>7</sup>.

Otro factor que redundante en la falta de auténtica comunicación política en un sentido amplio, para América Latina, lo constituyen las influencias ajenas al continente, principalmente por parte de Estados Unidos y también de Europa. Con respecto a la prensa, conviene formular ciertas precisiones para entender más cabalmente el papel que desempeñan algunas poderosas agencias noticiosas de difusión internacional. La *Associated Press* (AP) y la *United Press* (UP), en la práctica fusionadas, sirven a importantes diarios latinoamericanos con la óptica peculiar de Estados Unidos, que por supuesto no tiene por qué coincidir con la de nuestros países, para no hablar del implícito o explícito contenido ideológico.

Empero, existen dos agencias europeas -*Reuter*, de capital privado británico; y *Agence France Presse* (AFP), bajo control gubernamental francés- que si bien operan dentro de la órbita llamada occidental en el lenguaje de la guerra fría, resultan en general menos parciales que AP y UP, pues para subsistir deben vender sus noticias incluso a países comunistas y del Tercer Mundo. Las dos grandes agencias norteamericanas, en cambio, obtienen sus mayores ingresos del propio mercado interno. Pero la situación no termina aquí. Por lo general, tanto *Reuter* como AFP contratan sus servicios en forma *exclusiva* a un único diario en cada país latinoamericano: por ejemplo, *El Mercurio* en Chile o *El Comercio* de Lima. Le cabe al diario, pues, la facultad de publicar o no publicar las noticias que le suministran dichas agencias europeas, y como también sucede que esos órganos de prensa se cuentan entre los más reaccionarios de cada nación, fácil es comprender que eliminarán los cables que critiquen a Estados Unidos en su política imperialista (S.E. asiático, la propia América Latina), pongo por caso. El público interesado se quedará sin conocer esos elementos, pues ningún otro diario en el país podrá publicar los cables de *Reuter* o AFP, debido a la exclusividad antes aludida<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> *Ciencia política y ciencias de la información*, Buenos Aires, Bibliográfica Omeba, 1965, p. 15.

<sup>8</sup> En la Argentina, en cambio, *Reuter* y AFP no venden sus noticias en forma exclusiva, ya que tanto *Clarín* como *La Razón* usan de sus servicios, además de los de la agencia italiana ANSA. Los dos influyentes matutinos, *La Prensa* y *La Nación*, están suscritos a UP y AP, respectivamente.

Mientras tanto, a los escasos diarios independientes o de izquierda que desearían publicar ese tipo de cables sólo les queda la posibilidad de acudir sea a AP o a UP si prefieren la versión *occidental*; o a la propaganda de la agencia soviética TASS, más sus congéneros "orientales" *Novosti*, *OTK*, *ADN*, etc. Ello redundará, una vez más, en la carencia de informaciones serias y documentadas sobre el mundo y su gente, incluso el sector latinoamericano.

El ejemplo más claro de omisión y deformación informativas en los últimos años lo brinda la Revolución Cubana, que apenas si es mencionada por UP y AP. Precisamente en este terreno el gobierno cubano intentó, a poco de llegar al poder en 1959, la creación de una agencia noticiosa propia, *Prensa Latina*, que alcanzó a tener representantes en casi todos los países latinoamericanos. La ruptura de relaciones diplomáticas de dichos países con Cuba, antes y después de la reunión interamericana de Punta del Este en 1962 (con la solitaria excepción de México), ha logrado evitar que se difunda la palabra oficial del régimen cubano, amén de otras apreciaciones relativas al Hemisferio<sup>9</sup>. Ocurren cosas similares en cuanto a la radio y la televisión. Dejando de lado el escaso papel de comunicación política que ellas representan, incluso en las formas de entretenimiento que en general se consideran no políticas, se advierte ya la influencia nociva de las series televisivas *made in USA* -un solo ejemplo- que se reproducen masivamente en todo el continente luego de *doblarse* a lo que con buena voluntad podría llamarse castellano. La mayoría de estos programas, además de subrayar con exceso la violencia y el sadismo, arrastran consigo características varias del *American way of life* ajenas por completo a la sensibilidad, idiosincrasia y los problemas diarios de América Latina. Es una forma sutil de exportar conformismo e ideología, que contrasta con las críticas provenientes de esas mismas fuentes hacia quienes pretenden exportar revoluciones.

Resulta dudoso, por decir lo menos, el aporte que dichas manifestaciones *artísticas y culturales* brindan al proceso informativo, educativo y de eventual comunicación política de nuestros pueblos, y ello configura uno de los problemas más serios de todo el capítulo de la comunicación de masas en América Latina.

El hecho ya mencionado de que los medios masivos de difusión se reflejen tan sólo y de preferencia los propios y estrechos intereses de los primeros, cosa que permite aprehender lo que ha dado en llamarse el proceso cuentren en manos de grupos sociales y económicos minoritarios con respecto a los sectores populares, explica también que sus informaciones y mensajes

<sup>9</sup>En su oportunidad, Juan Domingo Perón, intentó constituir en la Argentina una agencia noticiosa llamada *AMA* (Agencia Periodística Argentina), destinada primordialmente a la difusión de su "doctrina nacional". Para un jugoso análisis sobre los medios de información en el citado país sudamericano. Ver: Arturo Jauretche, *Los profetas del olvido y la yapa* (La colonización pedagógica), Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1967, pp. 221-247. Al presente, la única agencia noticiosa de cierta importancia en lengua española es EFE, sociedad anónima privada que desde Madrid sirve a algunos diarios latinoamericanos, pero que obviamente no puede desligarse del hecho de trabajar bajo el gobierno de Francisco Franco.

de *balcanización* cultural e informativa del continente, vale decir, el desconocimiento usual que se tiene en la Argentina de lo que pasa en Nicaragua, en la República Dominicana de lo que ocurre en Brasil, o en Uruguay de lo que sucede en México, por citar apenas algunos casos posibles. (Idéntica observación puede adelantarse con respecto a la penumbra, si no oscuridad, informativa en que América Latina ubica a los países africanos y asiáticos del hipotético *Tercer Mundo*). Los límites naturales o políticos no acercan necesariamente entre sí a los estados latinoamericanos en el conocimiento de sus condiciones y aspiraciones. Rencillas de gobiernos, pretensiones contrapuestas de liderazgos regionales, diferencias entre regímenes civiles y militares, estrechos nacionalismos, refuerzan esta balcanización fomentada por la habitual propensión de las minorías dirigentes o influyentes (y también, por supuesto, debido al control que ellas ejercen sobre los medios de comunicación) a mirar a Europa en el pasado, o a Estados Unidos desde hace varias décadas, como los únicos lugares donde *pasan cosas*, las cuales es necesario conocer y difundir. Mientras se pronuncian discursos ampulosos sobre la integración económica de América Latina en reuniones de alto nivel que no pasan de las buenas intenciones, los medios de comunicación de masas continúan castigando al público con sus espíritus de campanario o propugnando la copia servil de ilusorios modelos económicos y políticos extranjeros.

A los apuntes anteriores debe agregarse el muy significativo de la autocensura cada vez más frecuente, o sea el propio retaco que quienes controlan dichos medios hacen a la expresión del pensamiento político por temor a malquistarse con los detentadores del poder en cada país, o con las grandes empresas —industriales, comerciales, financieras— de quienes dependen para su supervivencia. La primera variante resulta típica en las naciones latinoamericanas dominadas por gobiernos extraconstitucionales o de fuerza, pese a las consabidas declaraciones oficiales sobre la libertad de expresión. La autocensura existe aunque sea difícil de detectar y puede promoverse desde los círculos aúlicos en diversas formas: impugnando todo lo que se considera *crítica destructiva*, oponiendo los intereses del grupo gobernante a la libertad de información so pretexto de que ésta puede atentar contra la seguridad del Estado (que, en este caso, no es más que la seguridad de las élites enquistadas en su aparato), manteniendo a las empresas periodísticas en permanente situación de dependencia económica que puede conducir las a la quiebra si se exceden en su función informativa y crítica, o manipulando los permisos de importación de papel y las licencias para establecer radios y televisoras.

Con relación a este punto de la autocensura, si un movimiento o partido político (el comunismo en varios países y varias épocas, el aprismo en el Perú, el peronismo en la Argentina) se encuentran en la ilegalidad (proscripción electoral y/o de actividades proselitistas, clausura de imprentas

tas y confiscación de publicaciones partidarias, etc.), los grandes medios de comunicación —prensa, radio, televisión— procurarán no difundir ningún tipo de noticias referentes a los proscritos o seguirán la línea oficialista de silencio o condena de dichos grupos como enemigos del orden público y de la paz social. Ello contribuye, así, a que los ciudadanos en general se encuentren privados de información responsable con respecto a dichos movimientos.

#### A MODO DE CONCLUSIONES

Para resumir las tendencias previamente expuestas en un contexto abstracto, quiero ahora ejemplificar algunas de las posiciones más frecuentes que se dan en América Latina sobre la viabilidad de una efectiva y libre comunicación política, fuera de los casos obvios de simples dictaduras que todo lo someten a su arbitrio.

Chile y Uruguay, por ejemplo, figurarían entre los países donde tradicionalmente se ha respetado más la libertad de información política y donde —correlativamente— los grupos extremistas de izquierda y de derecha han podido realizar con mayor facilidad su propaganda y proselitismo, al menos entre los sectores de la población a que puede llegar su prédica. Estos son generalmente urbanos y saben leer y escribir, con algunas excepciones recientes en Chile donde el FRAP (Frente de Acción Popular, coalición de comunistas, socialistas y partidos menores) y también la Democracia Cristiana han conseguido progresos apreciables en zonas rurales. Pero ni siquiera en estas dos naciones los procesos han sido totalmente pacíficos: recuérdese la proscripción del comunismo chileno llevada a cabo por Gabriel González Videla en la década del cuarenta, o ciertas situaciones de emergencia muy recientes en el Uruguay, donde por aplicación de las llamadas *medidas prontas de seguridad* se confiscaron ediciones de varios voceros de izquierda (comunistas y no comunistas), y se implantó censura a la prensa y demás medios (1967-1968)

La Argentina, desde por lo menos la primera presidencia de Hipólito Yrigoyen (1916-1922), ha gozado de todas las variantes imaginables en el tema: amplia libertad de comunicación política durante los gobiernos radicales; reducida luego del golpe militar del 6 de septiembre de 1930 y durante la restauración conservadora (sobre todo con respecto a la izquierda y al radicalismo); apoyo oficial en dicho campo a la derecha cuando el golpe militar de 1943; control de la información política, en su gran mayoría, por el Estado con tendencia a la oficialización de una *doctrina nacional* (1946-1955); facilidades de expresión política a todos los grupos menos al peronismo durante la *Revolución Libertadora* (1955-1958); breve interregno democrático durante ciertos periodos de las presidencias de Arturo Frondizi y Arturo Illia. Al presente, el gobierno de la "Revolución Argentina"

(1966) parece perseguir dos fines en el terreno apuntado. Por un lado, mediante una información dirigida o *guiada* desde las esferas oficiales trata de que la prensa y demás medios se autocensuren y no excedan los niveles de una suave crítica; y, por el otro, a través de una ley contra el comunismo dictada en 1967 (que ni siquiera define categóricamente la figura delictiva) se previene contra cualquier posible desviación a lo antedicho.

Méjico, por su parte, ha acumulado desde la fecha inicial de su revolución, 1910, una doctrina oficial que es la que goza de mayores facilidades de difusión en el país, desde la iniciativa de *libros gratuitos* de texto para todas las escuelas primarias (que brindan una versión *unificada* de la historia patria) hasta las campañas presidenciales que recorren la nación azteca a lo largo y a lo ancho, difundiendo el evangelio de la Revolución Mexicana por cada rincón del territorio<sup>10</sup>. Lo que no pertenezca a este ideario, lo que se contraponga a él, resulta tolerado si lo expresan grupos o partidos minoritarios que no pueden llegar a presentarse como opciones reales a la máquina electoral y política del dominante Partido Revolucionario Institucional (PRI); o reprimido si se corre peligro de disturbios o conmoción social. La prensa de oposición al gobierno, entonces, se reduce a órganos partidistas limitados o revistas de mediano tiraje.

Cuba, a partir de 1959, ofrece quizás el mejor ejemplo de control político e ideológico de la información en América Latina: ésta ha pasado a ser un monopolio del Estado, lo mismo que los propios medios de comunicación, como la prensa —antes sectarizada y subvencionada por intereses particulares<sup>11</sup>—, la radio (con transmisoras potentísimas que difunden el programa revolucionario al resto del continente), la televisión (que Fidel Castro utiliza de modo similar a lo que Juan Domingo Perón hizo con la radio en la Argentina, entre 1946-1955), e incluso la cinematografía.

Pero el cambio violento sucedido en Cuba no implica necesariamente que el nivel medio de la prensa revolucionaria sea excelente, y las propias autoridades han efectuado críticas a la chatarra y monotonía de la prensa escrita. Los diarios confiscados (*Diario de la Marina, El Mundo*, etc.) a sus propietarios privados han dejado de aparecer, o son meros portavoces de propaganda sin críticas constructivas. La fusión en 1965 de *Hoy* (el órgano comunista) y *Revolución* (que representaba la opinión del Movimiento 26 de julio), para dar lugar al actual *Granma*, no ha mejorado la calidad de este último, que sólo en ocasiones (el número que recordó la muerte del Che Guevara en 1967, por ejemplo) se eleva de la crónica optimista de la Revolución o de la difusión de noticias del mundo socialista y neutralista, a

<sup>10</sup> Ver L. Vincent Padgett, *The Mexican Political System*. Boston, Houghton Mifflin Company, 1966, pp. 136 y ss.

<sup>11</sup> "Salvo escasísimas excepciones, todos los veintidós diarios de La Habana, hacia 1956, se consideraban apoyados por subsidios, otorgados con el propósito de promover un punto de vista particular" (W. Phillips Davison, *International Political Communication*, Nueva York, Praeger, 1965, pp. 131-132).

los planos del periodismo combativo y profundo. Muchas dificultades podrían aducirse para explicar este bajo nivel de la prensa en Cuba, que no admite comparación con las notables revistas que aparecen en La Habana, como *Casa de las Américas* o *Unión* en el campo de la cultura. Entre ellas, pienso en el temor a ser criticado por las esferas partidarias o por importantes funcionarios; en la falta de un número apropiado de periodistas profesionales y revolucionarios a la vez; en la necesidad de afirmar una Revolución en marcha frente al imperialismo norteamericano, como prioridad básica; en la enorme concentración de funciones que ejerce Fidel Castro y su grupo más allegado, que puede provocar en los responsables periodísticos el vuelco hacia la línea del menor esfuerzo crítico, para no ser molestados en sus actividades diarias, etc.

Cuba, entonces, ilustra con mucha fidelidad los problemas que afronta una prensa verdaderamente revolucionaria en la situación presente de América Latina, pero conviene agregar que estos esfuerzos han sido complementados por la campaña de alfabetización más profunda que conoce el continente en este siglo, portadora de un fuerte contenido militante y de adoctrinamiento, que se enlaza con el monopolio oficial sobre los medios a que ya me referí.

Está claro, a mi juicio, que el problema de la *democracia* y el *totalitarismo* en relación a la comunicación específicamente política no puede verse, en el caso de América Latina, como una oposición entre las dos tendencias sino, mejor, como un *continuum* entre ambos tipos ideales.

Y, también, que las dificultades inherentes al proceso de una comunicación política tolerablemente democrática se agravan en el área por factores estructurales peculiares y decisivos.

La situación actual de América Latina, no sólo con respecto a la comunicación política sino a la política en general, no parece muy favorable a que ocurran transformaciones de significación en el panorama esbozado. Fuera de unos pocos gobiernos con bases medianamente democráticas, el resto (la gran mayoría de los países) se encuentra afectado por notables restricciones a la libertad de información y de difusión de noticias, y más concretamente de aquéllas con contenido político. Ello tiene sus raíces, entre otras varias, en la conocida convicción latinoamericana de que los partidos o grupos opositores a los sectores que controlan el Estado deben ser vistos como *enemigos* antes que como disidentes dentro del marco constitucional. Y cuando dicha oposición lleva consigo el peligro de una ideología mundial (el comunismo) o el de las masas (el peronismo), ha llegado el momento de evitar a cualquier costa su penetración en la población nacional, de acuerdo con el particular modo de razonar de las élites dirigentes.

Para terminar, si se aceptan las cifras elaboradas por la UNESCO sobre niveles *mínimos* referentes a los medios de comunicación en cada país, y se comparan con las disponibilidades reales de las naciones latinoamericanas

en dicho campo, se puede advertir la notable desproporción entre la región de los buenos deseos y la cruda práctica. La UNESCO propone como *standards* minimamente aceptables, por cada 1.000 habitantes, 100 ejemplares de diarios, 50 receptores de radio y 20 receptores de televisión, respectivamente<sup>12</sup>.

Pues bien, únicamente la Argentina (148 ejemplares de diarios por cada 1.000 habitantes), Chile (118), México (116) y el Uruguay (314) superan los niveles *mínimos* de la UNESCO en lo relativo a la prensa diaria.

En cuanto a la radio, la situación es bastante diferente: prácticamente todos los países latinoamericanos sobrepasan las cifras promedio, con excepción de Haití (14 receptores de radio por cada 1.000 habitantes) y la República Dominicana (41), mientras Nicaragua (62) y Honduras (59) apenas superan dicho nivel.

La televisión todavía no se ha introducido en Bolivia. Por debajo del mínimo aceptable para la UNESCO figuran Colombia (19) televisores por cada 1.000, Chile (5), Ecuador (7), El Salvador (11), Guatemala (12), Haití (0.8), Honduras (3), Nicaragua (9), Perú (18) y la República Dominicana (13). Cuba, en cambio, cuenta con 74 televisores por cada 1.000 habitantes, lo cual subraya la importancia de este medio para el proceso de comunicación política dirigido por el Estado a partir de 1959; sólo Venezuela (74), Uruguay (73) y la Argentina (71) alcanzan o se aproximan a esta cifra en América Latina.

Parece justo concluir estas páginas manifestando que en muchas zonas de América Latina el retraso de los medios de comunicación de masas es notorio. Pienso en Haití, República Dominicana, Paraguay, Ecuador y los países de América Central en su conjunto<sup>13</sup>; y también en las áreas sumergidas de Méjico, Perú o el Brasil, por ejemplo. De ahí que la comunicación política tropiece, además, con dificultades materiales y técnicas casi insuperables a corto plazo en muchas regiones. Pero por lo que he manifestado previamente, sigo pensando que el problema de la comunicación política en América Latina tiene *un carácter más político que tecnológico* en cuanto a sus eventuales soluciones. Y por político quiero decir en este contexto una reestructuración total del aparato del Estado, principal obstáculo (junto con los poderosos grupos económicos y financieros que dominan los medios masivos de comunicación) en el camino hacia la modernización y el desarrollo de un continente. Nada será logrado en el campo del cambio económico y social sin las correspondientes decisiones políticas que lo propugnen y encaucen, y el correlativo conocimiento generalizado de esas decisiones por los vastos sectores humanos que hoy son excépticos, o por completo ignorantes, frente a la palabrería vacua sobre la libertad de información y difusión de las ideas.

<sup>12</sup> Cit. en Davison, en obra citada, p. 130.

<sup>13</sup> "Un informe reciente descubrió que las telecomunicaciones en América Central se encontraban en un estado característico de los países industrializados hace cien años" (Davison, en obra citada, p. 134).